

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFIA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 29 de noviembre
de 1980

Escribe
Angel LAZARO

UNAMUNO EN EL DESTIERRO



CUANDO don Miguel de Unamuno fue desterrado a Fuerteventura, en la segunda década del siglo, apenas había allí otra cosa que arrecifes y un camello. Don Miguel lo convirtió en vaca —«miraba a la mar la vaca»—, dedicándole un poema que encantó a Paul Valéry. Al que no encantó París, una vez lejos de Fuerteventura, fue a don Miguel, y entonces se vino a Hendaya para ver desde el espolón del Bidasoa los montes de Fuenterrabía enfrente, su adorada España, de la que seguía siendo un desterrado. Y hasta allí fuimos a verle un verano de 1925.

A TRAVESAMOS la frontera en un tren llamado el topo y llegamos a Hendaya a las doce del día. Con el cambio de hora y el de las horas de comida, don Miguel acaba de yantar en el pequeño comedor, planta baja, del hotel Broca, en la misma carretera de Hendaya. No nos mandó sentar siquiera, sino que se puso en pie y nos invitó a que le siguiéramos carretera adelante hacia el pueblo, donde él solía tomar café con dos o tres amigos, un sastre y un tendero, y conversar mientras hacia algunas pajaritas de papel.

PERO aquel día, en honor del visitante, renunciaría a la tertulia para conducirnos, calleja abajo, hacia el espolón, orilla de la ría. Con don Miguel se podía dialogar, a pesar de la gran diferencia de años y del gran respeto que nos inspiraba, porque se entregaba en lo más íntimo de su persona, que eran sus versos. No le gustaba que le llamaran filósofo, sino poeta, porque sostenía que la filosofía no era otra cosa que la poesía echada a perder, y así, al cabo de bastante rato de hablar de muchas cosas, sacó un plieguecillo de papel del bolsillo interior de la americana y nos dijo: «Le voy a leer a usted unos versos que he escrito anoche.» Y con voz rebajada comenzó:

Si caigo aquí sobre esta tierra verde,
mollar y tibia de la dulce Francia,
si caigo aquí donde el hastío muere,
celado en rosas de sutil fragancia;
si caigo aquí, oficina del buen gusto,
donde sólo el olvido da consuelo,
llevad mi cuerpo al maternal y adusto
páramo que se hermana con el cielo...

Y por ahí seguía el poema en versos estremecedores. La tarde iba cayendo sobre la ría que era semejante a un espejo empañado como las pupilas de don Miguel, cuya barba cana resaltaba sobre la enlutada pechera.

CASI de noche ascendíamos por la misma calleja que nos devolvía al patinillo del hotelito donde el maestro se alojaba. No parecía abrumado, sino más bien consolado de haber desahogado su pecho después de haber contemplado sus montañas y haber leído sus versos del destierro al joven que había ido desde España a verlo. ¡Qué itinerario el suyo! Primero, la salida de Salamanca, detenido al volver de su paseo habitual por las orillas del Tormes; después, el largo viaje hasta Cádiz, donde había de tomar el vapor que iba a llevarlo a Fuerteventura y...

—Don Miguel —le dijo con todo respeto uno de los policías que le acompañaban—, si usted da una explicación puede volverse a su casa.

YA el Gobierno se había enterado por telegramas recibidos desde universidades del extranjero de quién era en el mundo aquel simple profesor de Salamanca, y había cursado orden a los agentes dando marcha atrás.

—A mí —replicó don Miguel, respondiendo a la proposición de sus guardianes— no se me han dado explicaciones de por qué me sacaban de mi casa, ni dónde se me llevaba; de manera que yo tampoco estoy obligado a dar explicaciones de nada. ¿A Fuerteventura? Pues iré a Fuerteventura.

IBA al desierto. Y para un místico como don Miguel casi era un regalo aquello que se le había impuesto como un castigo. Al desierto. A Fuerteventura, arena y roca; al desierto, a escharbar con sus uñas en la arena y en su propio pecho, hasta encontrar el agua que aplacase su sed de eternidad.

El destierro le hacía ver una España celestial y eterna, y por eso en Fuerteventura dejó raíces de roca en la roca, ya que su hambre de inmortalidad había encontrado alimento en la isla; tanto que lejos de ella, ahora en Hendaya, escribía a sus amigos mayores diciéndoles que los añoraba, y que esperaba ir a verles un día; ya eran dos nostalgias las de don Miguel; la de España y la de Fuerteventura.

HABIAMOS vuelto, cerrada ya la noche, al patinillo del Broca. A la luz indecisa de la hora, se veía en aquel instante sentada, rodeada de sus nietos, a doña Concha, la mujer que conoció desde niña, con la que casó más tarde, y la única mujer que había conocido bíblicamente en toda su vida, él que era un frenético amador, puesto que el misticismo viene a ser como un frenesí erótico del espíritu.

—Pero Miguel —advirtió la buena esposa—, ¿cómo le das para llevar ese periódico? ¿No ves que pueden registrarle en la frontera?

Se trataba de «Hojas Libres», el quincenario que publicaba don Miguel en Hendaya y que nosotros nos disponíamos a pasar entre la piel y la camiseta. Y años después, al morir doña Concha, y recordar aquella previsora ternura en un artículo dedicado a su muerte, nos escribía Unamuno: «¡Qué bien ha visto usted el alma de mi pobre mujer, tan maternal para todos, y para mí, el primero!»

S, como España para don Miguel, madre y al tiempo hija, porque se había alimentado con su jugo y luego le había dado la mejor savia de su espíritu, cerca y lejos, en su regazo y más todavía en su destierro de Fuerteventura, de rodillas, sediento de la eternidad que don Miguel había ganado ya con su vida y con su obra.

Escribe
Guillermo CARNERO

¡AL DIABLO ROBERT GRAVES!



Al diablo Robert Browning! —o algo parecido— es el comienzo de uno de los Cantos Pisanos. Con tal título no pretendo hacer un chiste fácil ni demostrar, en broma o en serio, el menor desdén hacia Graves, por quien siento una gran admiración desde que, hace años, leí La Diosa Blanca. Me gustaría tener un abuelo como él. Siempre me acercaré a sus libros con avidez, seguro de que serán una revelación, una verdadera fiesta para la fantasía. Pero cualquier lector impulsivo podría mandar a Graves al diablo, ante la reciente edición española de Los dos nacimientos de Dionisio (*). Y no precisamente por culpa de su autor.

ESTE libro tiene un solo defecto, de poca monta para el lector en general, y que no lo es para los que admiramos a Graves. Está hecho por acumulación de trabajos y trabajitos, cortos o largos, enjundiosos o insustanciales. En los mejores, aparecen reiteraciones innecesarias que se habrían eliminado refundiéndolos. Pero eso no importa, y tampoco el que Graves sea, por encima de todo, un poeta, y no le preocupe profundizar en sus conocimientos ni explotarlos dándoles desarrollo y organización. Graves no es un Frazer, un Dumézil, un Eliade o un Cumont, y no quiere serlo. Prefiere producir fogonazos y lanzar chispas como un mago, deslumbrándonos con aproximaciones brillantes, intuiciones sin demostrar, todo lo cual apela a nuestra imaginación y consigue despertarla, y eso es mucho en estos tiempos. Obrar así, en opinión de Graves, resulta tremendamente detergente contra el cientifismo y la pompa académica. Pongo sobre mi cabeza todo lo que Graves escriba, y leería hasta una edición de las facturas de su sastre.

Para quienes se interesen por la Historia de las Religiones, con sus implicaciones sociales, antropológicas y políticas, este libro será sumamente atractivo en su recorrido por la Mitología oriental y occidental, la Historia Antigua, la Filosofía o la Etnoetimología, abarcando desde los tiempos del Egipto faraónico al presente. Capítulos como «La Biblia en Europa», «Diosas y Obosoms», «El Paraíso universal», «Los hongos y la religión», o el mismo que da título al libro, son un continuo desfile de sugerencias para el lector no especializado, que ha de sentirse profundamente atraído por las opiniones de Graves acerca de un sinfín de temas que pertenecen al lado oculto de la Historia de la Cultura. El caudillaje político de Jesús, tradicionalmente enmascarado; el problema de sus genealogías y los Evangelios no admitidos por la Iglesia; el sentido, unas veces metafórico (historia de Jonás), otras realista (parábola de los camellos que no pasarán por el ojo de una aguja) de pasajes de ambos Testamentos; el relato aparentemente absurdo de la Creación del mundo; las propiedades alucinógenas del maná; la religión del rey Salomón y la índole de los cultos que se celebraban en el primitivo conjunto del templo de Jerusalén; el bautismo de Cristo como ahogamiento simbólico, seguido de una resurrección, igualmente simbólica, por su paso bajo las piernas de una doncella sagrada, ceremonia de consagración real en apoyo de liderazgos no precisamente espirituales. Por no hablar de lo que se nos dice del culto al dios mejicano precolombino Tlaloc, los misterios de Eleu-

sis, el alimento divino llamado «soma» en los «Vedas» (y en «La Guerra de la Galaxias», podría añadirse), la génesis, por ingestión de alucinógenos, del arquetipo universal de Paraíso como un vergel con corrientes de agua, joyas y una serpiente enlazada.

«Los dos nacimientos...» es una obra que ha de interesar a progresistas y conservadores, a creyentes y agnósticos, tanto o más que los fascículos del Papa Wojtyla.

Es una verdadera lástima que la traducción de un libro tan brillante sea una total calamidad, y esté redactada en una especie de «lengua franca», útil para entenderse en los aeropuertos y paradas de taxis, pero indigna de imprimirse. Parece obra de una persona cuya lengua materna sea el inglés, que conozca el francés y haya adquirido cierto hábito del castellano hablado en América del Sur. La traducción es totalmente incorrecta y en ocasiones incomprensible, y ello es especialmente penoso, siendo Graves un enemigo decidido de la progresiva imbecilidad que padece nuestra cultura y de la consiguiente degeneración de la literatura y la palabra. Cuando la gente está constantemente sometida al bombardeo, en televisión y radio, de aberraciones lingüísticas indescriptibles, difundidas sin el menor pudor por la legión de patanes triunfantes, embrutecidos y semianalfabetos que desfilan por esos medios de comunicación de masas, cabría esperar que, al menos en los libros, se tuviera un poco más de cuidado, sobre todo cuando llevan el sello de editoriales prestigiosas.

Hay en esta traducción, para empezar, cosas chocantes para el español. Los españoles somos seres históricamente respetuosos de la religión y la monarquía, y nos suena mal que se llame «Dionisio» a un dios y «Felipe» (pág. 153) a un rey de Macedonia. Es como si fueran amigos de la «mili». Y ya que hablamos de nombres propios, ¿por qué no ha tenido en cuenta el traductor una norma única al transcribir los nombres clásicos? Unas veces están castellanizados, otras mantienen su forma latina, y a veces se nos dan en forma anglosajona, no habiéndose unificado la nomenclatura ni siquiera para el caso de un mismo personaje, cuando se le menciona en páginas diferentes.

En ocasiones, la semejanza entre un término inglés y otro castellano, que no significan lo mismo, ha jugado una mala pasada al traductor. «Scholar» significa en inglés «universitario, erudito», pero el castellano «escolar» quiere decir «niño que va a la escuela» (pág. 134). «Line», en inglés, significa «verso», pero no es ése

(Pasa a la pág. siguiente.)

Escribe Fernando RIVAS

LA COCTELERA MAGICA (Carta abierta a don Ernesto Giménez Caballero)

Si el ser español, en opinión de su admirado Manuel Azaña, «reside en las artes, que no en las obras políticas», no debe concedérsele poca importancia, bien lo sabe usted, al arte de la coctelería. El refinamiento de una cocina, dicen los «gourmets», se aprecia en las salsas. De una cultura, diría yo, en sus cócteles. Atravimiento o valor, sentido de la proporción o medida, he aquí las dos condiciones del buen cóctel. Su conjugación ha de ser exacta, como en un problema matemático. De lo contrario, cada elemento, en vez de enriquecerse en la combinación o mezcla, se adultera.

SUPERADA por usted airoosamente esa barrera del tiempo que, imagino, son los ochenta años, su obra literaria, su pensamiento, su misma persona, se alzan, ante nosotros —la juventud o las juventudes— como un depurado ejemplo de este bien saber mezclarlo todo y, por ende, mezclarse en todo. Política y literatura —creo que estará de acuerdo— son los campos donde usted ha recabado ideas e inspiración para intervenir y dar forma, es decir, formular sus cócteles, tantos y tan diversos. Dada la época que le tocó vivir, la primera y obligada traducción de estos nombres fue: revolución y vanguardia. Pero las obras políticas pasan, por mucho tiempo que suframos sus consecuencias. Las obras artísticas, simplemente, quedan. El tiempo nunca podrá destruirlas, tan sólo encenderlas o apagarlas.



He contribuido en los últimos años, con los escasos medios a mi alcance, y me congratulo por ello, en este introducir un poco de claridad sobre su obra, tan empañada por los avatares de nuestra historia más reciente. La luz, hasta cierto punto, se ha hecho y usted ha vuelto a ponerse de moda.

NADA más apasionante y a la vez más casquivano que esto de las modas. Usted puede y debe aprovecharse de ella para terminar de poner en claro aquellos aspectos de su obra; en definitiva, aquellos aspectos del genio de España, cuya universalidad no depende de las circunstancias históricas o políticas. Puede también, por supuesto, a fin de cuentas es su obra y su problema, aprovechar la moda para hacer exactamente lo contrario. Aunque en mi opinión, y no sólo la mía, sería una pena. Por eso me decido a pergeñar esta carta abierta, donde, confío, no verá sólo impertinencia.

La reedición facsimilar de «La Gaceta Literaria», ese gran periódico de las letras que no hemos vuelto a tener otro, nos ha colmado de alegría a todos los amantes de la literatura. Sin embargo, durante la presentación de la misma en el Ateneo de Madrid se hicieron algunas afirmaciones que nos colmaron de perplejidad. Usted, con la recia oratoria que sabe emplear, llamó a una nueva guerra civil. Luego —o antes, no me acuerdo— anunció la eminente reaparición de «La Gaceta», que codirigirá con Fernando Sánchez Dragó, a quien, de camino, nombró su heredero espiritual, dándole de esta manera la alternativa en la plaza de Madrid. El, por lo que se desprende de sus palabras durante el acto, compartía este mismo espíritu bélico, pues afirmó, tras una apresurada lectura del nuevo facsimilar, haber percibido un espíritu de lucha del «Sur contra el Norte» (sic).

PERMITAME un breve inciso sobre su heredero. No pienso abundar —me faltan kilómetros y bibliografía para poder hacerlo— sobre las muchas polémicas y pólvaredas levantadas por su «Historia mágica de España». Al margen de la posible calidad literaria de esta obra, de sus posibles aciertos o equivocaciones en cuanto a la investigación, la historiografía y la interpretación de nuestra historia se refiere, algo parece claro, y creo que el mismo Dragó no tendrá inconveniente en reconocerlo: autor y obra han puesto de moda temas y cuestiones de moda, valga la redundancia; han venido a insistir y formular con mayor conocimiento de causa —no tengo ningún inconveniente

en reconocerlo — en temas y cuestiones implícitas a los tiempos que corren, cuya espiral ascendente no sólo era lógica y previsible, sino también palpable desde hace años. Yo los resumiría en dos palabras: milenio y apocalipsis.

LAS modas siempre me han producido tanta fascinación como desconfianza, cosa bien lógica en gentes —usted en mucha mayor medida que yo— que pueden alardear de amor hacia nuestros clásicos, y seguramente darán por buena la máxima de Lope de Vega: «Vuelve a tomarse por novedad aquello que se había olvidado.»

EN fin, no quiero ser prolijo ni aburrirle trayendo a colación muchos ejemplos, de todo tipo, referidos a aspectos —personales, ideológicos, literarios, morales, políticos y de muchas otras especies— sobre los que no llevo a comprender cómo es posible un ayuntamiento entre usted y Dragó. Sobre todo por la duda de que pueda compartir una de sus recientes afirmaciones: «El bien es lo divertido y el mal es lo aburrido» (1). Postura lógica, postura lógica, a fin de cuentas, en quien lleva a blasón el ser heterodoxo. ¿No fue usted mismo quien, a la par que le nombraba heredero espiritual, le otorgó título de nobleza imponiéndole «el Menéndez Pelayo de las heterodoxias españolas». Aunque prematuro, el honor no me pareció del todo inoportuno. En primer lugar porque Dragó tiene vocación de heterodoxo, y sus ideas una traducción política obvia. El mismo la hace mejor que nadie: «Yo lo que propugno es abandonar la sociedad, no intervenir en el proceso de producción, dejar que esta sociedad vulnerable se desplome.» En segundo lugar porque siempre sería estupendo que todas las ramas del pensamiento y de las artes, en cada época, contaran con su propio Menéndez Pelayo, es decir, con una figura de su talla. Y si digo prematuro sólo es porque no acabo de estar seguro sobre si don Ramón habría considerado suficiente la bibliografía presentada en este caso.

PERO no es la vocación heterodoxa de Dragó, que por supuesto respeto, lo que me preocupa. Sí, en cambio, que al nombrar heredero a un heterodoxo usted se reconozca como tal. Hasta el presente, al menos, ninguno de los aspectos de su obra o de su pensamiento que me han motivado a coincidencia tuvieron una formulación intencionadamente heterodoxa. Cosa distinta es, por supuesto, que fueron novedosas, poco o mal comprendidas, empañadas o tergiversadas por otras modas, nunca del gusto de la mayoría.

AL paio de la moda muchos han querido separar en usted al «escritor vanguardista del 27» del «pensador fascista». Fácil recurso que nunca utilicé. Como substrato, tanto de su obra literaria como de su trayectoria política —aunque mi fascinación no tuviera la misma intensidad en todos los casos— siempre creí ver ideas e instituciones geniales capaces de reconciliar a nuestra juventud con nuestra historia, a nuestro futuro con nuestro pasado. Puede que me haya equivocado y que usted diera más importancia de la que yo imaginé a esa política, con minúsculas, que sólo puede ser política de circunstancias. Si usted vuelve a colocarla allí donde nosotros volvíamos a buscar el genio de España, está en su derecho. Y de hecho, así me lo parece.

En primer lugar porque si usted habla de guerra civil en la actualidad, bien lo explicó el otro día, es por su convencimiento de que el momento histórico actual es similar al de hace cuatro décadas y, por tanto, similar debe ser también su resolución. En segundo lugar porque para usted, muchas veces lo ha escrito, guerra y revolución no son la misma cosa, pero la primera no tiene sentido sin la segunda, es decir, la guerra debe ser el detonante, marco o motivo que haga posible la revolución. Y si las circunstancias son para usted similares a aquellas otras, la revolución no puede ser otra que la Revolución Pendiente. Usted, el otro día, habló de guerra y sólo de guerra porque no se atrevió a hablar de Revolución Pendiente.

DE esta manera ha puesto en primer plano, aunque de una manera hasta cierto punto vergonzante, los aspectos más circunstanciales y políticos, con minúsculas, de su pensamiento. Se puede o no se puede ser revolucionario, sea cual sea la época o el lugar. Sin embargo, para quien lo sea, nunca podrá ser la revolución aquella que no se hizo, aquella que una o varias generaciones anteriores no fueron capaces de hacer. En el mejor de los casos, siempre será otra cosa, algo distinto. Lo contrario es un síntoma de senilidad, y usted a vuelto a poner el acento en los aspectos más viejos o seniles de su pensamiento. Ha convertido en agua de borrajas, como dice el dicho, la fibra vocacionalmente juvenil que en él parecía esconderse.

NO puede extrañar que intente ahora resucitar «La Gaceta Literaria». Es lógico. Si el proyecto revolucionario, tanto artístico como político (encuadrados como falangistas, comunistas o lo que fuera, es lo mismo), no murió, no fracasó, tan sólo ha hibernado unas pocas décadas, ¿a quién puede extrañar que usted vuelva a convertirse en adalid de la nostalgia? Tampoco se extrañe, en consecuencia, de que la juventud o las juventudes no le sigan, hoy por hoy, en este lenguaje.

NO le hablo como pacifista. La guerra y la paz, al margen de gustos particulares, siempre han sido cara y cruz de una misma moneda. El tiempo, sin embargo, pasa sobre todas las cosas, y el problema, para muchos, se plantea a la hora de seguirle en ese cóctel de lo viejo —la nostalgia— con lo viejo —el Apocalipsis—. Así dice su heredero: «Yo creo que estamos cerca del cataclismo, que puede venir en forma de guerra atómica, en forma de gran crisis ecológica o en forma de carestía. Creo que estamos en una situación límite, que algo va a pasar. En este sentido, yo llevo mucho tiempo construyéndome un arca. Hay que prepararse para la hecatombe, y mi consejo leal para mis amigos es ponernos a construir arcas.»

SEA en el arca o en la cueva —usted para facilitar el ayuntamiento entre magia y política tuvo que comparar el salón de actos del Ateneo con las cuevas prehistóricas—, el problema sigue siendo el de aquellos que seguimos creyendo en el genio de España, pero que nunca lo hubiéramos imaginado, al menos en su obra, como geniecillo confitado en su marmita la pócima que servirá a Hermes para jugar a los dados. En la primera versión siempre leímos Hércules.

¡AL DIABLO ROBERT GRAVES!

(Viene de la pág. anterior.)

A sentido de «línea». Cuando se ha escrito «eventualmente» (pág. 203, 2 veces), se ha querido decir «finalmente».

El adjetivo «representativo» (pág. 211) no es equivalente de «representante». «Topic» es en inglés «tema, asunto», pero «tópico» (pág. 231) es «opinión banal». No tiene sentido «Concejal de la Reina» (página 247) porque los concejales son funcionarios municipales; la versión de «councilor» debe ser «consejero». En inglés, la palabra «court» tiene el valor de «corte de un rey», «patio de un edificio» y «tribunal», pero en castellano no puede decirse todo eso con la palabra «corte» (página 43). ¿Cómo puede Graves haber estado en su infancia en «La Galia»? (página 119). Si es en «las Galias», no tiene edad para ello, aunque sea un anciano, inteligentísimo. ¿No será en el País de Gales?

El desconocimiento del castellano se evidencia en el uso indiscriminado de quien/quienes con antecedente en plural; en la equiparación de «tú» y «usted» en los diálogos; en exclamaciones como «¡Mi hijo!», dirigiéndose a éste, cuando debe decirse «¡Hijo mío!»; en escribir «mi mejor» cuando quiere decirse «el mejor de los míos»; en confundir «librería» con «biblioteca»; en el uso innecesario del pronombre personal cuando el verbo lo indica; en la confusión entre «quien» y «que»; en llamar «ancho» a un territorio de miles de kilómetros, cosa cómica, porque la anchura se refiere a dimensiones

reducidas (págs. 197, 216, 163, 165, 41, etc.).

El manejo de sufijos es fantástico: «punitánico» (pág. 44), «pitagoriano» (página 24), «espartaco» en vez de «espartano» (página 25), «autoritativamente» por «autorizadamente» (pág. 205).

El francés parece ser responsable de escribir «rangos» (pág. 178) cuando se quiere decir «flas», «aconsejar de» (página 28), o que San Jorge «le prendió el puesto» al dios Marduk (pág. 75).

Podríamos no acabar nunca. «Rastrear» (pág. 191) es seguir una pista, no arrastrarse; tener dificultades no es estar en una «posición fuerte» (pág. 251), sino, acaso, difícil o dura.

Abundan construcciones viciosas como: «Nada es real que no se puede demostrar» (pág. 17), «Es por esto que», «Fue esta noción que debilitó» (pág. 18, en el sentido de «lo que debilitó»), «Del cual conocía las debilidades» (pág. 25, por «cuyas debilidades conocía»).

No faltan frases que no tienen el menor sentido, o lo tienen completamente extrañalario: «La religión olímpica había abolido los atributos a ministerios de los doce dioses» (pág. 74); «El festival vendido de Demeter» (pág. 109); «Sobresimiento del caballo por la maquinaria agrícola» (pág. 12); «Una condición tan intensamente drogada» (pág. 21); «Forraje de cañón» (pág. 180, supongo que queriendo decir «carne de cañón»). Y, sobre todo, que se nos hable de la guerra entre los Lípidos (o sea, las grasas) y los Centauros (pág. 163).

No quisiera que estas notas se enten-

dieran como demostración de agresividad hacia nadie. La labor de Robert Graves, y la de sus editores y traductores, me parece elogiable y bienintencionada. La aparición de un nuevo libro de Graves para el público español es un acontecimiento

que no debe degenerarse. Alguien debería impedir que la sabiduría de unos y los buenos propósitos de otros tengan tan desastradas conclusiones.

(*) Ed. Seix Barral, Barcelona, 1980.

SEGUNDA ANTOLOGIA DEL RESURGIMIENTO

EN el Club Internacional de Prensa, el pasado jueves, tuvo lugar la presentación de una nueva colección de la editorial Ambito Literario, denominada Resurgimiento/Libros. Se inaugura con la primera novela (coincidiendo con la reciente aparición de un libro de relatos cortos, publicado por Legasa. Lugar sin nuestro, este mundo, caballeros, del poeta Félix Grande. Las calles, en donde lo autobiográfico tiene un papel destacado; y otras dos obras más de carácter narrativo, La mandrágora, de García-Badell, y Una crónica de los 60, de M. Escrivá de Romani. También aparece en esta primera entrega el libro de poemas de Concha Lagos Por las ramas, ganador del último premio de poesía Ambito Literario. Pero, sin lugar a dudas, de entre

todos estos libros el que va a levantar más polémicas es la Segunda antología del Resurgimiento. Hace cuatro años el poeta y editor Víctor Pozanco sacaba sus Nueve poetas del Resurgimiento (de los que quedarían confirmados Colinas, J. Siles, Cristina Peri Rossi), que inmediatamente se convirtió en una de las antologías de la nueva poesía española más discutidas. Ahora, después de esos años, vuelve a reincidir y a encarar un nuevo riesgo. Los poetas incluidos, cuyas edades oscilan entre los veinticinco y treinta años, son: Isabel Abad, Carmen Borja, Rosa Espada, Carmen Pallares, García Martín, Miguel Herráez, Julio López, Javier Lostalé, José Lupiáñez, Martínez Torrán, César Antonio Molina, Enrique Morón, Quiroga Clérigo, Ruiz-Amezcuea y Fran-

cisco del Pino (una de las dos únicas excepciones de poetas que están cercanos a los cuarenta años; éste, en particular, reside en Florencia desde hace tiempo).

En el mismo acto se hizo la presentación del número 2 de la revista Resurgimiento, con un nuevo equipo, formado por V. Pozanco, Alegre Gorri, Juan Carlos Molero, Antonio Tovar, Manuel Andújar, Manuel Benavides, L. M. Villalonga, César Antonio Molina, E. Queipo de Llano, Quiroga Clérigo, Julio López y M. G. Gibertmón. Los nuevos asesores editoriales y directores de colecciones son: Emilio Miró, Jesús-Rico, Francisco Yndurain, Aszyck-Milewska, José Carlos Mainen, Lola Albiac, Leo Hickey, Pietro Civitarreale, Escrivá de Romani y Rodríguez Aguilera.



GLOSARIO MENOR

Escribe César VILLAMAÑAN

JOSE GIMENEZ AZNAR, † EN SU ZARAGOZA

RECUERDO que a la muerte, en su Pamplona, de Angel María Pascual, escribió dos glosas Eugenio d'Ors, en una de las cuales lanzaba esta proclama: «¡Solitarios del mundo, jóvenes!» Aquel bastardo joven doloroso y «jacobinamente jacobino» — como le llamaba alguien que quería seguirle —, el singular prosista culturalista de «Amadís» y anticipado poeta social en «Capital de tercer orden», vivió por poco tiempo, pero solamente ese tiempo, una desolada soledad provinciana. Más largamente acababa de cumplir los sesenta y dos años — la ha vivido también hasta hace unos días en su Zaragoza — José Giménez Aznar. Pocos años antes le precedió también en la misma ciudad algo más joven el gran novelista que quedó prácticamente inédito, Manuel Derqui, kafkiano integral. No es que yo piense que no puede realizarse en la provincia — se dan casos bien señalados de triunfo, más evidentes en ciudades de tanta raíz cultural como Zaragoza — una vocación literaria. La provinciana desolada soledad a que aludo recordando a aquel buen amigo que fue Angel María Pascual y ante la noticia del fallecimiento del fraterno José Giménez Aznar puede



darse en ciudades todavía mayores y diría que incluso en plena fama, y que puede ser hasta temperamental. Soledad de ideas compartibles, de afanes y entusiasmo que son minimizados y hasta destruidos sañudamente por la incompreensión. José Giménez Aznar había emprendido al final el camino de la novela, «El exterior» y «El abominable Gildo» (Bruguera), que obtuvo hace dos años el premio Barbastro. Quería, como último recurso, expresar, a través de este género — aún con referencias que a él no le afectaron directamente —, su desacomodación a las realidades actuales, nostálgico, melancólico, de cosas que quizá tampoco conociera plenamente. Pero su mundo — su gloria y su frustración — fue el teatro. Pocos concededores tan minuciosos

y sutiles del teatro. Laureado en él muy joven con «El mayorazgo» — un premio local —, más adelantados los años cuarenta — cuando los jóvenes leían apasionadamente a Sartre — escribió, y llegó a estrenarse, en colaboración con Dámaso Santos, un drama existencialista: «La eterna Babel». Después, su desolada soledad. Zaragoza, que había tenido una tradición teatral, no podía ya ofrecerle campo. Incluso había fenecido aquella vivísima Tertulia Teatral de sus desvelos. Incluso últimamente ya no dirigía la Escuela Municipal de Arte Dramático. Sólo los artículos, las conferencias sobre temas teatrales principalmente, las reuniones de la Real Academia de Nobles y Bellas Artes de San Luis. Se iba quedando distante, autodistanciado, probablemente ejecutando en su interior como amadas melodías, las piezas preferidas en la historia del teatro moderno, desde el simbolismo a Buero Vallejo... Nunca se puso en práctica aquel telegrafo de señales entre los solitarios del mundo que aconsejaba D'Ors para sublimar las angustias indecibles, por lo cual hay que suponer que Giménez Aznar — como Derqui, como Angel María Pascual... — murió — aunque la causa física fuera una enfermedad — enteramente asenfadado por su desolación de escritor en la provincia.



CRONICA PENDIENTE DE ULTIMAS NOVELAS

COMO anda con sus cuidados posoperatorios, el titular aquí de la atención continuada por la creación literaria española no ha tenido mucho tiempo para concentrarse y ordenar el material pendiente en sus libros recibidos. Todo lo que había quedado desde la Feria del Libro, con el largo paréntesis veraniego y, después, lo otro... Por lo que respecta a la creación poética empezó su crónica general con unos cuantos nombres jóvenes; por otro lado, algunas cosas, muy importantes, de ensayo y crítica literaria. Espero que antes de fin de año quede, en entregas sucesivas, organizada esa crónica. ¿Cómo lo hará con la novela, en cuántos tramos? Si yo fuera él haría estos grupos: primero, las nuevas producciones de «consagrados» que, salvo error, omisión o falta de resuelto menedezpelayino serían estos autores y títulos: Pedro de Lorenzo, «La soledad en armas» (Plaza y Janés); Mercedes Salisachs, «La estación de las hojas amarillas» (Argos Vergara); Alfonso Grosso, «El correo de Estambul» (Planeta); Juan Benet, «Saúl ante Samuel» (La Gaya Ciencia) y «El aire de un crimen» (Planeta); Francisco Umbral, «Los helechos arborescentes» (Argos Vergara); Gabriel García Badell, «Nuevo auto de fe» (Destino) y «Tamatea, novia de otoño», del difunto Luis Berenguer. Un segundo apartado sería el de aquellos autores con más o menos producción y regularidad se hallan bien encaminados: Manuel Vicent, «Ángeles o neófitos» (Destino); José Luis Olaizola, «El señor del huerto» (Novelas y Cuentos); Ramón Ayerra, «Los ratones colorados» (Peralta) y «La tibia luz de la mañana» (Laya); Esther Tsuquests, «Varada tras el último naufragio» (Lumen), y Alfonso Zapater, «Viajando con Alirico» (Planeta). Tercero, los nuevos (aún

con intenciones anteriores o conocidos sobradamente en otros géneros): Soledad Puértolas, «El bandido doblemente armado» (Legasa); Raúl Ruiz, «El tirano de Taormina» (Peralta); Sol Nogueras, «Fotomontaje de un poeta»; Andrés Recio Beladiez, «Tiempo de locos y de bufones» (Seix Barral); Miguel Angel Diéguez, «El muñidor muñido» (Libertarias); Manuel Mantero, «Estiércol de León» (Plaza y Janés); Antonio Larreta, «Volaverunt» (Planeta); Pedro Vergés, «Sólo cenizas hallarás» (bolero) (Prometeo), y Manuel Leguineche, «La tribu» (Argos Vergara). Merecería un capítulo la publicación de narraciones cortas y sería inexcusable mencionar «Lucha por la respiración» (Destino), de Jesús López Pacheco; «Nos han dejado solos» (Planeta), de Fernando Quiñones; «Largo noviembre de Madrid», (Bruguera), de Juan Eduardo Zúñiga, «Pro patria mori» (Legasa), de Antonio Martínez Menchen, y «Mesa, sobremesa» (Novelas y Cuentos), de Alonso Zamora Vicente. Hay una narración memorial a señalar, primer volumen de «Memorias de un novelista, Atrapados en la ratonera» (Aice), de Dolores Medio y algunas reediciones importantes, como son «La fiel infantería» (Planeta), de Rafael García Serrano; «Los clarines del miedo» (Espasa Calpe), de Angel María de Lera; «El mundo de Juan Lobon» (Espasa Calpe), de Luis Berenguer; «Lugar siniestro este mundo, caballero» (Legasa), de Félix Grande, y «Las vacas de Olite» (Planeta), de Rafael García Serrano. Claro que a lo mejor deja todo ello (con todo lo demás) para el panorama tradicional de fin de año y se pone a entrar en el barullo de los últimos Planetas y la arborescencia de Francisco Umbral.



ANTE MI PROXIMO LIBRO PARA UNA EDITORIAL DE MOSCU

Escribe Guillermo DIAZ-PLAJA, de la Real Academia

CARTA PARA UN LECTOR SOVIETICO

Me pide usted, Inna Terterian, unas palabras para iniciar las que, en forma de libro de páginas escogidas, ha preparado para la editorial Progreso, de Moscú. Usted es una excelente hispanista, que desde su cátedra universitaria moscovita y a través de muy valiosos estudios críticos, ha realizado una magnífica tarea traductora y divulgadora de nuestros creadores, lo que ha hecho posible y justo que la Real Academia Española la haya elegido (y fue un honor proponerla) — a propuesta mía — miembro correspondiente en la URSS, junto con los profesores Alexeiev, de Leningrado, y Stepanov, de Moscú representando a esa magnífica legión de conocedores de nuestra cultura que, utilizando la fabulosa máquina editorial soviética, ha permitido — en tiradas importantes — dar a conocer en el mundo eslavo la nata y la flor de nuestros clásicos y de nuestros contemporáneos.

Acontece, sin embargo, que al escoger algunas de las páginas menos fugaces de mi obra, usted, profesora Terterian, se ha encontrado con que — aparte de mi labor de creación poética — ha debido seleccionar textos ensayísticos y críticos que, de alguna manera, intentan caracterizar periodos o tendencias de nuestro pretérito literario. Dicho de otro modo, se ha seleccionado de mi obra aquello que presenta una cierta novedad en el campo de la didáctica.

Acaso, porque una gran parte de mi esfuerzo a través de medio siglo tiende a hacer entendibles aquellos conceptos generales que puedan ser útiles a quienes se acercan al vasto y complejo mundo de las literaturas hispánicas, de suerte que de alguna manera mi obra podría definirse como una operación caracterológica que intenta trazar las «líneas de sentido» de nuestra expresión estética. Por eso destino esta carta a un imaginario lector, a

un joven estudiante soviético, acaso menesteroso de estas sencillas palabras liminares.

Ello requiere dos operaciones: una, de análisis, en el que se desciende a la objetividad documental más estricta, y otra, de síntesis, que intenta reducir esa pululación de datos a conceptos transmisibles. «España, un modo de ser» — reza el título de un librito que escribí para mis estudiantes de los Estados Unidos, y esto es lo que pretendo hacer llegar a unos jóvenes alumnos de otras latitudes: la comprensión de la originalidad múltiple y radical que conocemos bajo el nombre de literaturas hispánicas.

Y, didácticamente, pienso en que esta operación docente será más eficaz y orientadora en la medida en que pueda ser puesta en fiel contraste con esta otra inmensa realidad múltiple definida por la presencia de lenguas y de culturas que ocupa gran parte del mapa del mundo bajo la bandera de la URSS.

Curioso de este mundo tan original y complejo, he tenido la fortuna de recorrerlo en algunas de sus direcciones más características con intención de obtener, también, esas «líneas de sentido» que ayudan a comprender el espíritu de los pueblos, más claramente cuando se ponen en confrontación con zonas que conocemos bien. Así, en el caso de un observador español, ¿cómo no partir de la doble realidad coincidente que hace del mundo español y del mundo soviético dos zonas marginales dentro de la realidad europea? Si la Península Ibérica es el finisterre occidental, asomado al infinito misterioso del Atlántico, la Rusia histórica es la frontera oriental sobre el mundo asiático no menos misterioso y lejano. Esta «marginalidad» con respecto a Europa, ¿no es un signo que aproxima y que explica el paralelismo tan curioso como evidente que media entre nuestros dos países?

Por ello es lógico que en cuantos simposios internacionales de carácter cultural nos encontramos soviéticos y españoles surja entre nosotros una simpatía que viene de nuestro común entendimiento de lo europeo, entendimiento a la vez próximo y lejano, puesto que nosotros nos sentimos a la vez unidos a Europa y marginados de ella. Y esto incluso cuando las armas de la guerra han sustituido a las palabras de la paz. Dionisio Ridruejo, que fue soldado de la División Azul, me contaba que lo que más impresionó a aquellas tropas era la dulzura y afectividad del pueblo ruso... Y yo añadiré la anécdota personal de uno de mis viajes, en el que un coronel del Ejército soviético comunicó a mi

intérprete: «Digale a este señor que en el frente de Leningrado tuve el honor de luchar contra los españoles.» ¿No son dos anécdotas significativas?

Pienso, además, que la contextura interior de la Rusia europea tiene un parecido geográfico con nuestra Península. Moscú centra — como Madrid — la llanura esteparia, que, en uno y otro caso, actúan como corazón y como fuente de una y otra realidad nacional. Moscú, como Madrid, son dos campamentos fortificados, inaccesibles a lo exterior, como foco y garantía de la última resistencia de la Patria invadida.

Mirando el mapa se advierte que el flanco occidental del cosmos ruso, los Países Bálticos, Ucrania, Besarabia, representa la zona de porosidad permeable a las influencias exteriores. Este papel lo asumen en la Península Ibérica los territorios mediterráneos de Cataluña, Valencia y Baleares, que asumen la función histórica de absorber los procesos culturales que se proyectan desde la otra ribera mediterránea: Provenza, la Toscana, Nápoles, Sicilia. Dos ciudades, Leningrado y Barcelona, definen perfectamente, incluso en su situación geográfica litoral, esta actitud de vigia y puerta de entrada del mundo exterior.

Los paralelismos pueden multiplicarse. He recorrido la jocunda y fértil Georgia, cuya filosofía vital, su alegría policroma, su desenfado gracioso la aproximan tanto a Andalucía. ¡Qué dos mundos dionisiacos tan próximos! Por el sudeste he visitado también el Uzbekistán y el Tadchikistán, donde lo oriental se filtra, a través de la cultura persa, como una repetición de la tentación del Este, que percibimos también — procedente del sur africano — en la mentalidad andaluza... Y así podríamos proseguir.

Emotividad por encima de la árida razón cartesiana; paralela riqueza del arte popular; capacidad de ensueño... He aquí las razones que explican la emoción, evocando la tierra remota, que me tamborilea en el corazón.

Luis
Antonio
DE VILLENA

J. K. HUYSMANS: "AL REVÉS"

RECUERDO que en los finales años sesenta un libro sobre el fin de siècle me reveló la existencia de una novela que —decían— era paradigmática en aquella línea: *A rebours*, de J. K. Huysmans, editada por primera vez en 1884. Fascinado por lo que el libro contaba sobre la novela, me apresuré a buscarla, encontrándola meses después en París, en una edición (Fasquelle) no precisamente fácil. Y es que entonces, también en francés era un rareza. La prosa de Huysmans, que antes de irse hacia el decadentismo había sido uno de los naturalistas pupilos de Zola, era rica, engarzada de términos y metáforas preciosistas, pero al mismo tiempo dura, eficaz, como un arma forjada en el dicterio, y no exenta —al mismo tiempo— de palabras o expresiones argóticas... Lo que contaba (por otro lado) aquel aristocrático personaje *Des Esseintes*, sus costumbres anti-naturales y exquisitas, y las sorpresas de su casa, todo ello me encantó en la primera lectura. Tanto, que decidí comenzar (y lo hice) una traducción castellana, que abandoné a las cincuenta páginas, porque soy especialmente perezoso para las traducciones... Algo después me fui enterando de todo lo que *A rebours* había significado en su momento. De una parte, se convirtió —al poco de su publicación— en la Biblia de todos los escritores, artistas o lectores que solemos rotular como decadentes o simbolistas, y en cuya denominación hay que entender más que una peculiarísima estética (que también) toda una amplia visión del mundo... *A rebours* está detrás del Retrato de Dorian Gray, de Wilde, y es —dentro de esa novela— el libro amarillo que lord Henry Wokton regala al protagonista, y cuya lectura tanto turba a éste. Y siguiendo con Wilde (y ello ilustra la fama de *A rebours*), muchos creyeron que era esta novela el libro amarillo (en realidad una revista) que Oscar cogió de su cuarto, al ser detenido en el comienzo de sus siniestros procesos, por vicios contra natura...

A *Rebours* impresionó profundamente y codificó (o contribuyó a hacerlo) los gustos y actitudes del decadente fin de siglo: La querencia de lo artificial

sobre lo natural —ese es el sentido del al revés del título—; el refinamiento extremo como repulsa ante lo mediocre, sórdido y mercantil de la diaria vida; el gusto por gemas raras y sinestesias lingüales de licores; la extravagancia como disidencia; la exaltación del bajo latín —el latín de los tiempos bárbaros o el popularizante de Petronio— frente a los hexámetros de la literatura augustea; el gusto por los pintores como Moreau o Redon, o por los antiguos grabadores holandeses; la encumbración de la temática decadente en personajes como Salomé o Heliogábalo; o el encomiar como lo mejor a autores aún desconocidos del gran público (en 1884), como Verlaine, Mallarmé, Williers, Barbey o Tristan Corbière... Y finalmente el prestigiar lo decadente como una visión pesimista (aunque lujosa) del mundo y de la vida; Buscar lo exquisito, lo singular, hasta el agotamiento, hasta el éxtasis o la rendición del espíritu. (Por supuesto que el decadentismo conlleva una idealismo, puesto que se trata, en el fondo, de superar o rebasar la realidad en busca de un más allá, añorado y presentido.)

Detrás de *A rebours* hay, además, todo un hervidero de literatura: El personaje *Des Esseintes* —que inspiró luego a Mallarmé uno de sus más valiosos herméuticos poemas, la *Prose pour Des Esseintes*— se nutrió de un curioso personaje real, dandy y homófilo notable, autor de delicuescentes versos, que era el conde Robert de Montesquiou —Quiou-Quiou para los íntimos—, quien, en su madurez, volvería a ser modelo literario del Charlus de Proust. El banquete falsamente mortuorio (todo en negro) que da *Des Esseintes*, o la habitación polar, con trineo, pieles y mica, en la que trata de huir —por sugestión mental— del calor, parece que fueron hechos reales de aquel chef des odeurs suaves que era el conde de Montesquiou-Fesenzac.

AÑOS después de mi primera lectura en francés, encontré en la madrileña Cuesta de Moyano un ejemplar de la primera traducción española de la obra de Huysmans, *Al revés*, hecha por Germán Gómez de la Mata y prologada —en excelente prólogo— por Vicente Blasco



También
ahora mismo

Ibáñez (Prometeo, Valencia 1919). La excepcional novela me siguió gustando. Y es, quizá, por todo ello —y por el nuevo prólogo de Guillermo Cabrera Infante, gran admirador, me consta, de *A rebours*—, por lo que me he decidido a releer esta nueva traducción, a mi modo de ver con el desacertado título (por las connotaciones sexuales que en español

supone) de *Contra Natura* (1). Diré por qué la novela me sigue pareciendo viva y aún oportunísima su reedición, aunque tenga que constatar antes un par de defectos: uno de la traducción (de José de los Ríos), que, si correcta en su conjunto, no mejora la de Gómez de la Mata, simplificando, a veces, expresiones de las que convendría conservar la enjundia, por ejemplo traducir *régner* en *maitres* por *reinar* indiscutiblemente, en lugar de la expresión más jugosa de *reinar* como señores —referido a los libros de filósofos y escoliastas de la baja latinidad—. Y así, a menudo. Y ello por no citar errores de más bulto, como hablar de joyas góticas, donde debe decir *godas* (*goths*), etcétera...

El otro defecto es de la edición, plagada absolutamente de erratas, al punto de hacerse en ciertas páginas casi ilegible.

PERO, insisto, el haber reeditado ahora el *A rebours* de Huysmans me parece un acierto. De un lado, por el valor y la belleza intrínseca de la novela, capital en el autor y en la época. Y de otro, porque nosotros vivimos ahora también un fin de siglo, y la actitud de *Des Esseintes*, sus reflexiones y su desesperación del último capítulo no nos son ajenas. Vivimos también un mundo gregario, donde todo está adulterado y estropeado, donde la aristocracia es ramplona, el clero beatón e interesado (si no ha perdido completamente su norte), la burguesía muere en su propio tedio y el pueblo llano aspira y se refocila en la mediocridad, naturalmente, entre mayores sufrimientos... En este panorama, donde la individualidad perece, el gusto se plebeyiza y avillana, y todo se mide por ridículos raseros de utilidad y mercantilismo; la exquisitez suma, la extravagancia agresiva, la neurosis individualizadora y el odio al común de *Des Esseintes* se nos ofrecen como una válida y bella bandera corsaria... Una elegante (y por eso más agresiva) manera de ser disidentes.

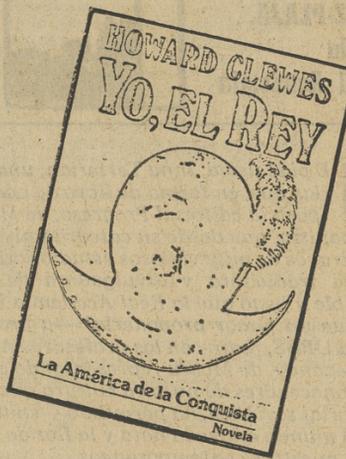
(1) J. K. Huysmans, *Contra Natura*. Prólogo de Guillermo Cabrera Infante. Marginales. Tusquets Editores, Barcelona 1980.



Escribe
Alfonso MARTINEZ-MENA

"YO, EL REY"

(Un episodio de la conquista de América)



HE aquí una extraordinaria novela de aventuras, con todos los atractivos ingredientes del género y clara base histórica, aunque la fabulación supere muy mucho la realidad de los hechos y circunstancias que debieron envolver la ajetreada existencia del menor de los hermanos Pizarro, Gonzalo, el hombre que estuvo a punto de instaurar un reino allá por los años mil quinientos cuarenta y tantos.

Exactamente en 1542 encabezó Gonzalo Pizarro, aventurero y conquistador al servicio de la corona, la sublevación que tanto debió preocupar a Carlos V, aunque por diversas motivaciones «técnicas» apareciera aquel largo y duro incidente como algo de poca significación en el contexto histórico de la época, y, por supuesto, sea tratado superficialmente e incluso olvidado en los manuales de historia al uso, en los que, o no aparece, o muy de pasada se menciona la figura de don Gonzalo y su actuación, que pudo haber dado un giro radical a la política de España y al futuro de América, por supuesto.

Howard Clewes, reputado y bestsellérico autor de resante relato titulado «Yo, el rey», publicado por Argos Vergara. «Yo, el rey» es el refrendo indiscutido de decisiones divinas y humanas, con las que se gobernaba a casi todo el mundo conocido en tiempos del emperador. El tema es la rebelión de Gonzalo Pizarro. Los hechos históricos concretos: que al encontrarse Gonzalo, de vuelta de su expedición al país de la canela, con

que su hermano Francisco había sido asesinado por los almagristas, y con la publicación de las «Leyes nuevas», aplicadas por el virrey Blasco Núñez de Vela, que intentan acabar con las reparticiones, y derrotado y muerto Núñez de Vela, con la subsiguiente aparición en escena del licenciado (después obispo) Pedro La Gasca, se deja convencer para oponerse a la monarquía española, y es vencido por La Gasca en Jaquijahuana, donde muere decapitado.

Sobre esto, la fabulación bien documentada de Howard Clewes, contada por Luis, escribiente principal de Gonzalo, casado con la fiusta inca Inés, de la que tiene un hijo que no llega a conocer, porque desaparece, ni tal vez quiera (algo de simbología en el dato no desarrollado por Clewes). La aventura del país de la canela; las batallas ganadas; el comportamiento de capitanes y soldados; la atormentada personalidad de Gonzalo Pizarro —figura protagonista—, abierto defensor del indio y un tanto admirador del inca Manco, que fustiga a los conquistadores; la intuición guerrera de Francisco Carvajal, el «Demonio de los Andes», incondicional de los Pizarro..., y frente a Gonzalo, su oponente en la historia y en la novelación, la actitud maquiavélicamente política de un La Gasca, retorcido y calculador, que conseguirá vencer a Gonzalo en Jaquijahuana, donde es abandonado por sus hombres al conjuro de ese «Yo, el rey», que siempre pesó en ellos.

Entre un prólogo que cuenta cómo Luis, el escribiente, veinte años después de la rebelión es reconocido por La Gasca, ya poderoso obispo de Sigüenza, con quien se topa casualmente en el Consejo de Indias,

temiendo entonces por su vida de prófugo pizarrista, y un epílogo en el que La Gasca le perdona la cabeza, o poco menos, se ofrece esta cautivadora novela —once años de investigación y viajes ha costado al autor—, llena de interés y realismo, de análisis de personajes e intento de justificación de actitudes, que es pura fantasía y puede acercarse, sin embargo, mucho a la verdad, muy a medias sabida, de lo que ocurrió, de lo que pudo mover a Gonzalo a su rebelión y cuáles fueron sus auténticas ambiciones y mitos.

Además de una estupenda reconstrucción histórica, llena de verismo, ambientación y descripciones casi documentales, está presente el ánimo de Clewes —creo que identificado con el escribiente relator—, por reivindicar la figura de Gonzalo Pizarro y sus decisiones en el contexto sociopolítico de la época de los conquistadores, en el que la lealtad y buena fe chocan violentamente con las razones de Estado. Como en definitiva no es historia, hay parcialidad de miras, buenos y malos apriorísticos, antihéroes y partidismos propios de una novela, que es lo que es, aun respetando los hechos conocidos que sirven de ensamble a esta lanza en favor del menor de los Pizarro, tradicionalmente condenado por los relatos de su tiempo.

Escribe
Juanjo
FERNANDEZ

DE LA NOVELA NEGRA AL HUMOR NEGRO

LA excelente colección CLUB de Editorial Bruguera une a las cualidades del precio asequible, masiva distribución y cierta calidad técnica la de alternar autores convertidos ya en «clásicos» de la narrativa moderna con otros menos conocidos, pero de no menores méritos. Así, la aparición de «Todo Ubú», de Alfred Jarry, ha sido una sorpresa y un acierto, pues para el lector en lengua castellana permanecía hasta ahora poco menos que inédita tan singular obra y no menos singular autor.

ALFRÉD Jarry nació en Laval (Francia) en 1873 y murió en París en 1907, unos dicen que de tuberculosis y otros que de cirrosis. Probablemente fue de ambas cosas y alguna más; lo cierto es que le dio a la absentia y a toda clase de drogas a base de bien. Además, en esos breves treinta y cuatro años también tuvo tiempo de escribir diversas novelas, teatro, poesía simbolista, inventarse la curiosa «ciencia patafísica» (que sus discípulos llegaron a tomarse con extrema seriedad, fundando incluso un Collège de Pataphysique, que aún existe), librarse de la mili y realizar algunas hazañas de cama. Personaje original y difícil de clasificar, la crítica francesa acostumbra a situarlo en la línea de un Petrus Borel, de un Rimbaud, de un Lautremont, y como innegable precedente de las vanguardias literarias del siglo XX: dadaístas, surrealistas, letristas, etc. Al mismo tiempo, la crítica destaca la «profesionalidad» de Jarry como «hombre de letras», otorgándole un lugar, en la «extrema izquierda», junto a los monstruos sagrados Claudel, Valery, Gide, contemporáneos suyos, de obra y vida más tradicional.

ESPERPENTO A LA FRANCESA

DE todo lo que Jarry escribió —que fue bastante— lo referente a Ubú ocupa un lugar central. El padre Ubú, capitán de «dragones» (soldados de caballería), ex rey de Aragón, rey de Polonia, más otros hilarantes títulos nobiliarios, que, según los dibujos del propio autor tiene forma de huevo e innegable cara de imbécil, es un orondo fantoche que no deja de recordar a ciertos dictadores y otros personajes-tipo de la actual sociedad. Es el prototipo del traidor, del idiota criminal, del arribista, del cobarde, de quien está dispuesto a todo para poder «apropiarse de la phinanza», «comer muy a menudo embuchado de cerdo» y «pasear en carroza por la calle», según sus propias palabras. Con las andanzas de este indes-

criptible personaje —Ubú rey, Ubú cornudo, Ubú encadenado, más otras obras menores también recogidas en la recopilación— Jarry construirá una increíble sátira política y social, de trazos esperpénticos.

Trazos esperpénticos: en efecto, si tuviéramos que buscar equivalente a Jarry en la literatura en castellano, la referencia más apropiada serían los esperpentos de Valle-Inclán, salvando las distancias. Equivalente incluso formal: como algunos esperpentos, las andanzas de Ubú están escritas como obras de teatro, sin duda de difícil puesta en escena. Difícil pero no imposible: el mismo Jarry estrenó, en 1896, «Ubú rey», con memorable escándalo del público y la crítica («Se abre el telón, el actor que encarna a Ubú se adelanta hasta el proscenio y grita «¡Mierdra!»: tumulto en la sala»). Ahora mismo, en Barcelona, una laureada compañía se prepara a representar esta misma obra, suponemos que con menos escándalo.

LIBERTAD POR TIEMPOS

EL «umorrr» y la creatividad de Jarry no se limitan a los personajes, la construcción o la trama: también se aplican al lenguaje, introduciendo geniales modificaciones léxicas (el «ejmerdro», por ejemplo), que la traducción castellana no ha sabido o podido, en ocasiones, recoger debidamente.

Es imposible resumir toda la riqueza satírica de Ubú, toda la innovación literaria que significó y aún significa. Una muestra:

«Los tres Hombres Libres, el Cabo.—Somos los Hombres Libres y un Cabo.—¡Viva la libertad, la libertad, la libertad! Somos libres.—No olvidemos que nuestro deber es ser libres. Vayamos más despacio, llegaríamos puntuales. La libertad es no llegar nunca puntuales — ¡jamás, jamás!, para nuestros ejercicios de libertad. Desobedezcamos en grupo... ¡No!, no en grupo: ¡uno, dos, tres!, el primero a la una, el segundo a las dos, el tercero a las tres. Aquí está la diferencia. Inventemos cada uno un tiempo distinto, aunque sea muy pesado. Desobedezcamos individualmente — ¡al Cabo de los Hombres Libres!

El Cabo.—¡A formar!
(Se dispersan.)

Tú, el Hombre Libre número tres, cumplirás dos días de arresto por haberte puesto en fila con el número dos. La teoría dice: ¡Sed libres! — Ejercicios individuales de desobediencia... La indisciplina ciega y constante es la fuerza principal de los hombres libres. — Presenten... ¡armas!

Los tres Hombres Libres.—Hablemos en formación. —



Desobedezcamos. — El primero a la una, el segundo a las dos, el tercero a las tres. — ¡Uno, dos, tres!

El Cabo.—¡Por tiempos! Número uno, tenías que dejar el arma en el suelo; número dos, levantar la culata hacia arriba y al frente; número tres, tirar el arma seis pasos atrás e intentar adoptar luego una actitud libertaria. ¡Rompan filas! ¡Un, dos! ¡Kier... dé! ¡Kier dé!

(Forman y salen evitando marcar el paso.)

HUMOR NEGRO

CON Jarry alcanzó uno de sus más elevados exponentes el Humor Negro, paradójica forma de humor que estas dos citas «clásicas» definen: «El yo rehúsa dejarse atacar, dejarse imponer el sufrimiento por realidades externas, rehúsa admitir que los traumatismos del mundo exterior puedan afectarle; y aún más, finge, incluso, que pueden convertirse para él en fuente de placer...», por ejemplo, el condenado al que llevan al cadalso el lunes y grita: «¡Pues sí que empieza bien la semana!» (Freud.) «El humor negro tiene demasiadas fronteras: la tontería, la ironía escéptica, la broma sin gravedad... pero, sobre todo, es el enemigo mortal del sentimentalismo con aire perpetuamente acorralado, y de una fantasía de corto vuelo, que se toma demasiado a menudo por poesía» (André Breton).

Es un «umorrr» indiscutiblemente actual: a la lectura de los ubuescos tiempos que vivimos. Al publicar «Todo Ubú», nada menos que en una colección popular, la editorial Bruguera ha tenido un acierto comparable al que tuvo relanzando la «novela negra». La negra época que atravesamos es propicia a una estética «negra», por así decirlo. En clave realista la primera, en clave satírica el segundo, novela negra y humor negro configuran hoy lo más contemporáneo y popular de nuestra literatura al borde del abismo.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Escriben Arturo MEDINA
y Jaime GARCIA PADRINO

LA HABITUACION LECTORA (2)

No por obvio hemos de silenciar el hecho de que la literatura infantil es inoperante si el niño no lee. Pero no sólo que lea, sino que lea con asiduidad y bien. De aquí la ineludible obligación de que educadores y familiares despierten y potencien los hábitos lectores de los pequeños, cuyas edades, coincidentes con las etapas de la escolarización básica, abrazan precisamente los periodos de mayor receptividad.

EL Ministerio de Cultura ha publicado «Los hábitos culturales de la población infantil», investigación diseñada y dirigida por la Secretaría General Técnica y la anterior Dirección General del Libro y Bibliotecas. Publicación que juzgamos de enorme interés por las ponderaciones que pueden efectuarse con los datos indicativos que proporciona. Y así, en lo concerniente a la habituación lectora, son angustiosamente reveladores. Nada menos que casi la cuarta parte de los niños españoles comprendidos entre los seis y los trece años no tienen más libros que los de texto, y sólo un 16 por 100 del mismo colectivo supera los 20 libros poseídos. Pero es que el panorama es todavía más desolador si centramos la atención en el índice de frecuencia lectora. Comprobamos entonces, aparte de los libros correspondientes a las disciplinas escolares o los de consulta, que un 41 por 100 de esta masa infantil verdaderamente no lee nunca, y únicamente un 11 por 100 la realiza diariamente.

Resaltemos también de la encuesta los medios de que dispone el niño para acceder a la lectura, puesto que de la frecuentación de alguno de ellos va a depender en gran medida su comportamiento futuro. Tales son, en este aspecto, la

posibilidad o no de obtener libros en el mercado y la de acudir o no a las bibliotecas. Las cifras son igualmente ilustrativas. Los libros adquiridos por compra directa representan un 44,4 por 100, mientras que los leídos a través de bibliotecas apenas arañan un raquítico 9,4 por 100, si bien es verdad que esta inasistencia habría que achacarla a que en la mayoría de los colegios, la biblioteca no existe o es, sin más, un almacén de libros amontonados y que las bibliotecas públicas para la infancia son prácticamente inexistentes. La restante distribución porcentual responde a intercambios (2,2 por 100), préstamos de amigos (9,4 por 100) y aprovechamiento de los libros que se hallan en casa (25,9 por 100). Conclusión: lecturas indiscriminadas, y en consecuencia, escasa o nulumente eficaces y presumiblemente distorsionadoras.

En resumen, y a la luz de esta investigación y otras similares, tenemos que reconocer que la lectura, tanto cuantitativa como cualitativamente, es deficitaria en la población infantil española —ya sabemos cuál es la deprimente situación de la adulta—. Se impone, por tanto, practicar por los estratos pertinentes de la Administración y de la sociedad la adecuada política educativa de estímulos y orientación lectoras que exigen nuestros niños.

LECTURAS QUE SON...

EVOCACION DE UNA INFANCIA

TRANSCURRIDOS dieciocho años desde su primera publicación por Doncel, en aquella recordada colección de «La ballena alegre», vuelve con nosotros «Landa el valín», de Carlos María Ydígoras (1), gracias a una acertada recuperación de Editorial Noguer, que ha abierto últimamente sus prestigiosas colecciones a los autores españoles.

El año de su primera publicación (1962) es clave en la novela española («Fin de fiesta», de Juan Goytisolo; «Tiempo de silencio», de Martín Santos; «Las ratas», de Delibes, o «Tormenta de verano», de García Hortelano) y un buen momento en la búsqueda de nuevos caminos en la literatura infantil. Citemos en este sentido a los galardonados Aguirre Bellver («El bordón y la estrella», premio CCEI), Angela C. Ionescu («De un país lejano», premio Doncel), etc.

Valgan estas precisiones para situar mejor la obra de Ydígoras; planteada como novela-aprendizaje desde su misma dedicatoria («A los pequeños que se hacen grandes en el trabajo, que se hacen hombres»), su estructura episódica cuenta la peripecia vital de un muchacho por lograr su propia identidad, el afianzamiento de su personalidad a través de la recuperación del cadáver de su padre, perdido en una catástrofe minera. Junto a ello, el viaje clásico en esta estructura novelística se presenta como un ir y venir de su casa a la mina, que servirá además para la superación de las primeras dificultades de esa vida adulta que le es impuesta prozamente.

La exaltación de valores familiares, dentro de una imprecisa ambientación geográfica y temporal, se mezclan con ciertos apuntes de problemática social algo tónica en sus planteamientos (diferencias sociales, dureza del trabajo, peligro latente). Sus personajes están bien perfilados y prenden en los lectores la evolución del protagonista hacia la adolescencia y la simpatía de algunos secundarios, como Antón.

Narrada en primera persona, reviste el carácter de una evocación nostálgica e idealizada, donde el autor parece verter experiencias vividas. Este punto de vista narrativo se completa con intervenciones del autor, en tercera persona, en las ocasiones donde el protagonista no puede estar presente (muerte del padre, situación de la madre en el «bautismo de mina» para Landa). Con estilo vigoroso y lenguaje rico, se ha cuidado especialmente facilitar, con notas a pie de página, la comprensión de los términos léxicos propios de la minería por parte de los jóvenes lectores.

La presentación es ahora más manejable, con las buenas condiciones ya conocidas de la colección Cuatro Vientos, Juan Manuel Cicuéndez ha proporcionado unas ilustraciones demasiado recargadas en los detalles, que si bien intentan reflejar el dramatismo de ciertas situaciones, recuerdan en exceso su dilatada experiencia en el campo del «comic».

(1) Ydígoras, Carlos María: «Landa el valín», ilustr. de Juan M. Cicuéndez; Editorial Noguer, Barcelona, 1980; 198 págs., rústica; col. Cuatro Vientos, núm. 20; precio, 275 pesetas. Edad de lectura: a partir de doce años.

Escribe
J. A.
UGALDE



EL LABERINTO DEL PROGRESO

DESDE que Jean Jacques Rousseau, en 1749, decidió presentarse a un concurso convocado por la Academia de Dijon sobre el tema «El progreso de las ciencias y de las artes, ¿ha contribuido a corromper o a purificar las costumbres?», la dilucidación del «debe» y del «haber» del mito progresista se convirtió en peregrinación literaria obligada para todo pensador que se preciara de serlo. Podemos, en consecuencia, hablar de un género o, al menos, de un subgénero que a lo largo de dos siglos ha acumulado una bibliografía tan frondosa y lujurante como la selva amazónica.

Por tal motivo, parece urgente que nuestro país cuente con un trabajo —hoy por hoy inexistente— que ordene, desde los puntos de vista histórico y estructural, el batiburrillo ideológico en torno a este mito central de la modernidad, las distintas y enfrentadas concepciones del progreso, su equivocidad (ya superada) con la noción de evolución, los marcos teóricos optimistas, pesimistas o cíclicos de la historia en los que ha sido respectivamente encajado, las especulaciones escépticas (como la de Levi Strauss en «Raza e historia» o la de García Calvo a lo largo de toda su obra), que, por el contrario, han tratado de vaciar su significación. Y todo ello sin olvidar los vaivenes de la adoración que tal ubicua divinidad ha recibido por parte de los pueblos (1).

De lo que no cabe duda es de que a partir de la segunda guerra mundial, y fundamentalmente en los últimos veinte años, las críticas dirigidas contra las diversas formulaciones de la ideología progresista se han radicalizado, diversificado y multiplicado con una virulencia sólo vencida por la sordera cecil de los Gobiernos, empeñados en ignorar todo planteamiento que ponga en duda sus axiomas desarrollistas. En medio del guirigay actual, una multitud creciente de sociólogos, demógrafos, economistas, científicos, urbanistas, ecólogos, etc., acusan a las estrategias estatales del crecimiento (paulatinamente gemelas en todos los confines) de provocar más problemas de los que solucionan, de impulsar el caos social y la violencia generalizada y de intensificar la explotación y homogeneización salvaje de los pueblos.

¿Cómo detener el ciego alud de estas maneras de crecer altamente explosivas y cuyos vampíricos procesos de orden exigen la aniquilación de las antiguas estructuras organizativas y el desenraza-

miento de toda forma autóctona de comunidad en nombre de formas cada vez más deshumanizadas de convivencia, trabajo y ocio bajo el control de sistemas militares, policíacos y psicológicos cada vez más sofisticados? Por el momento, la inestabilidad del conjunto se acerca sin remedio hacia su punto crítico y nos va asemejando a esas caricaturas de civilización atascada e incapaz de salir de su cauce que el escritor polaco Stanislaw Lem satiriza en sus obras de ciencia-ficción.

Sirva la anterior letanía como preámbulo al comentario de dos de los últimos libros editados acerca del asunto que nos ocupa: «Las utopías del progreso», de Manuel Calvo Hernando, y «El mito del desarrollo», antología de artículos y debates entre un grupo de escritores de los que luego hablaremos (2).

«LAS UTOPIAS DEL PROGRESO»

Manuel Calvo Hernando, presidente de la Asociación Española de Periodistas Científicos, es un hombre entregado desde antiguo a la discusión y estudio de estos temas en foros y reuniones internacionales de todo tipo. En su libro presenta un balance del estado de la cuestión a partir del examen de trabajos e informes diversos de los últimos años. Para Manuel Calvo Hernando, la discusión sobre el progreso va unida al tema de la crisis mundial, de manera que la primera parte del texto va encaminada a mostrar la magnitud de los problemas que aquejan a la humanidad (superpoblación, agotamiento de los recursos, contaminación y cambios climáticos, crisis armamentista, etc.). Los datos reunidos, si no enteramente novedosos, diseñan un panorama estremecedor, que el autor suaviza en los epígrafes destinados a criticar las tesis extremistas en

cuanto concierne a los límites de los recursos y, en general, en la denuncia de los planteamientos de los que llama «profetas del desastre». Pero la ambición máxima de Calvo Hernando consiste en situarse en el devenir de estos problemas, es decir, en el punto de mira de esa ciencia en pañales indistintamente conocida por futurología y prospectiva. Tras analizar los cambios cruciales a que ha asistido la humanidad de las últimas décadas y los problemas de adaptación a dichos cambios (lo que A. Toffler llamó el *shock del futuro*), el autor se adentra en el diseño previsible de lo que sucederá con la biología, la cibernética, la producción de alimentos, la energía, las comunicaciones, los transportes, el urbanismo y, en general, la humanidad de los años venideros. Una buena dosis de optimismo o, cuando menos, de esperanza ante los propósitos y declaraciones formulados por los Estados en el transcurso de asambleas internacionales de un tono inusitado en este tipo de libros a los capítulos finales, encaminados a estudiar las grandes soluciones y las formas que la Humanidad adoptará para salir de la crisis.

«EL MITO DEL DESARROLLO»

Es este un libro colectivo, redactado con las ponencias presentadas y las mesas redondas sostenidas en una reunión de intelectuales de diverso origen para debatir el tema de la crisis del desarrollo: J. M. Domenech, Pierre Massé, Alessandro Pizzorno, Helio Jaguaribe, Cándido Mendes, Cornelius Castoriadis y Edgar Morin. Los autores se preguntan, desde diferentes puntos de vista, por la realidad y el

alcance de ese sortilegio, que conduce a que, a partir de cierto umbral, el progreso tecnológico se invierte en un desastre fatal, en un proceso de némesis social.

Si bien hay una comunidad de visión crítica acerca de la trastornada racionalidad occidental que rige las formas de crecimiento descontrolado, y en varias ocasiones se apunta a la necesidad de «dominar el dominio» (según frase tomada a Michel Serres), en algunos otros momentos de la polémica aparece una cuestión crucial: «¿En nombre de quién hablamos? —pregunta en un momento dado Jacques Attali—. A lo largo del mundo una inmensa mayoría de personas experimentan una necesidad de crecimiento económico.» Queda así esbozada una explicación del carácter irreversible y necesario con que aparece el progreso y con que (merced al mimetismo que actúa entre las capas sociales y las distintas naciones) se produce una sempiterna manipulación del crecimiento que los pueblos ven con anhelo. Este sistema organizado de las desigualdades y diferencias de potencial, siempre aseguradas y reproducidas, aparece, en definitiva, como la garantía última de que el crecimiento y el desarrollo sigan considerándose como verdades sin límites y carentes de control.

(1) Tampoco en otros idiomas abunda este tipo de estudios. El libro de Stocking: «Cultura, evolución y progreso desde el siglo de las luces hasta nuestros días», editado en Estados Unidos, parece ser una de las mejores obras acerca del tema.

(2) «Las utopías del progreso», de M. Calvo Hernando. Editorial Guadarrama-Punto Omega. «El mito del desarrollo», de J. Attali, C. Castoriadis, J. M. Domenech, P. Massé, E. Morin y otros. Editorial Kairós.



EL ATENEO CIERRA AULAS DE CULTURA (y 2)

En nuestra anterior entrega a esta «tertulia» nos referíamos a la interpelación parlamentaria del grupo socialista dirigida al Gobierno en la que se decía que el Ateneo se había convertido, desde el nombramiento de una Junta gestora, en un «apático

centro sin vida cultural». Al propio tiempo dábamos noticia de la supresión de las aulas de cultura y publicábamos la declaración del ex director de la de literatura, Jacinto López Gorgé, seguida de la de Jiménez Martos, ex director, a su vez, de la de poesía.

El primero se hizo cargo del aula en 1979, y el segundo, en 1974. Es de subrayar la coincidencia de ambos en reiterar la escasisima dotación económica, que no impidió, sin embargo, que el programa realizado en uno y otro caso contradigan la penuria presupuestaria.

Jiménez Martos nos refería —al igual que López Gorgé— la lista de actividades, de entre las que cabe destacar su ciclo «Poesía española de posguerra», y, en términos generales, el logro del restablecimiento de la continuidad del aula y la polivalencia de sus actividades.

La crisis económica llegó al punto de no poder contar ni siquiera con la dotación mínima. Tras la forzosa pausa vinieron los homenajes a Juan Ramón Jiménez y a Vicente Aleixandre con arreglo a una modalidad siempre conveniente: lectura de poemas del celebrado, con lo que no es preciso preparación previa.

He de referirme —el espacio se agota— a dos ciclos: el de «Poetas Nuevos», en el que prácticamente debutaron cara al público Rafael Soler, Adriana Serlnik, Luis Jiménez-Clavería, Acacia Domínguez Uceta, Cynthia Hertfelder, Miguel Galanes y Eugenio Cobo, con inolvidable intervención conjunta al fin del curso 1978-79. El siguiente, ayer mismo, lo abarcó el titulado «Un poeta y su obra», donde Gerardo Diego y Puraza Canelo; Guillermo Díaz-Plaja y Leopoldo de Luis; Alfonso Canales y Florencio Martínez Ruiz; Luis Rosales y Dámaso Santos; Miguel Fernández y Joaquín Benito de Lucas; Carlos Murciano y Justo Jorge Padrón; Manuel Ríos Ruiz y Antonio Hernández; Angelina Gutell y María Gracia Ilach, se repartieron los papeles del comentario y la recitación de poemas propios.

Entre 1974 y 1980, salvo ese interregno a que aludo, llegó

a haber incluso dos sesiones por semana. Se dio lugar a poetas poco aireados —José Méndez Herrera, presentado por Gabriel García-Gill— y vinieron de diversas provincias: Carlos Clementson, Antonio Rodríguez, Raúl Carbonell... Dos matrimonios-poetas cuento: Francisca Aguirre-Félix Grande y Acacia Uceta-Enrique Domínguez Millán.

El Aula de Poesía del Ateneo, de cuya actividad en estos años proyectó hacer una memoria pormenorizada, cumplió su fin, a todas luces, a prueba de obstáculos, y, antes y después del frontizo 20 de noviembre de 1975, fue fiel al sentido liberal de la Casa en que tiene asiento. Dos personas colaboraron, muy específicamente, en su desarrollo: Beatriz, secretaria de Actos, y Pedro Sainero, administrador del Ateneo.

Por último, Gerardo Diego recibió allí el primero de los homenajes con motivo de su premio Cervantes, e igualmente, Odiseas Elytis y los poetas griegos, tan de actualidad ahora, a través de la charla de Juan Ruiz de Torres, promotor del grupo Prometeo.

La poesía es lo único que no falla en España. En el conflictivo Ateneo también sucedió así. Que continúe sucediendo.

CARTA DE ANTONIO HERNANDEZ

Querido Dámaso: Leí vuestro «Sábado Literario» y me encontré con lo de la foto y el «Fernández». Si te parece, déjalo así. Si no publica el comentario que te adjunto. Puedes hacer, claro, lo que te dé la real gana, y debes de estar seguro que más que molestarme por la doble circunstancia adversa me he divertido. A propósito de las «cartas sabatinas»: debes convocar un concurso para ver quién acierta la personalidad del autor. Ahora mismo es el comentario literario más frecuente en tertulias formales, informales y demás chismorreos. Por si acaso, te mando el candidato de mi intuición: Félix Grande. Para que veas que, de verdad, soy listo, como Gaspar Serrano dice. Mi enhorabuena por tu suplemento y el abrazo inabdicable de

ANTONIO HERNANDEZ

«ZIKKURATH», REVISTA DE FICCION

Con una periodicidad mensual aparece la revista «ZIKKURATH», que viene a cubrir un importante vacío dentro de las publicaciones dedicadas a la ficción contemporánea y ciencia-ficción.

Este primer número incluye realtos de J. G. Ballard: «Por qué quiero joder a Ronald Reagan»; un avance de la novela de Caballero Bonald: «Toda la noche oyeron pasar pájaros»; de Ian Watson: «Las habitaciones del paraíso»; de Eduardo Haro Ibars: «Margot Deville», y otros autores. La revista publica además una información actualizada sobre libros, cine, música, ciencia, arte y tecnología.



Escribe Carlos ZABALA



ALBERTO MORAVIA



DESCUBRI a Moravia mediados los años sesenta, cuando publicaba novelas como «Los indiferentes», «Las ambiciones equivocadas», «Agostino», «El conformista» (que Bertolucci llevó al cine) o «Mascarada». Sus personajes morbosos y sus atmósferas existencialistas le ayudaron a conectar con algunos aspectos de la sensibilidad de aquella época que, por otro lado, se caracterizaba por la asfixiante sequía editorial.

● Vinieron, luego, tiempos mejores para la edición, y de Moravia, un poco «demodé», se habló considerablemente menos. Hace unos días he leído uno de los últimos trabajos del italiano, una colección de treinta narraciones tituladas «Boh!» y unidas por el hilván de oro de la confesión feminista de su autor. Se trata de treinta monólogos mediante los que Moravia trata de introducirse en el mundo y en el alma de otras tantas mujeres que viven, como suele decirse, las incertidumbres propias de su época y sexo.

● La gran mayoría de los relatos me han parecido toscos, argumentalmente fallidos, lastrados por su serialidad y avariciosos en la utilización de un erotismo tópico. En definitiva, no merecerían comentario si no fuera porque revelan algunos extremos de esa nueva degeneración militante de la literatura, que es el hembrismo. Lo curioso del asunto es que el hembrista es un hombre, es decir, Moravia, lo que suma virulencia (la virulencia del converso) en la expresión del nuevo fanatismo.

● El escritor italiano arropa y asume, entre otros, dos de los cruciales artículos de la fe hembrista. El primero de ellos, la presunta supremacía ontológica de la mujer, tema que Virginia Woolf e incluso George Simmel abordaron; la novelista inglesa, en «Orlando», con otra pasión y otro desgarramiento, y el ensayista alemán en sus trabajos sobre la cultura femenina con otra escéptica sutileza.

● La inclinación femenina a la traición, el engaño y la infidelidad es el otro neurálgico asunto que Moravia trata reflejar y justificar. Ya en el primer relato de la colección, Moravia ausculta y anima, a su bruta manera, la capacidad de la mujer para el embrollo y el engaño. E insiste en muchos otros de los cuentos en el «leiv motif» de la hembra desenvolviéndose en la plenitud de su trono despreciativo y arrasador y del hombre como objeto de escarnio y comparsa masoquista o imbecil.

● Nada hay en las narraciones de Moravia de la radicalidad con que, por ejemplo, Genet en «Diario del ladrón», vivía y exponía el hecho de la traición. Lejos también de la transgresión irónica de Bioy Casares y de la audacia con que describe sus mujeres atraídas por el peligro del tigre, los engaños de las señoras descritas por Moravia son como pequeños tragos de lejía para asegurarse, no la disponibilidad aventurera ni el mantenimiento del propio enigma, sino el condumio cotidiano o el dudoso placer de rebuscadísimos ovillos psicológicos.

Escribe Matilde BIANQUI

SANTIAGO CASTELO, DE LA POESÍA ANGÉLICA

EN esos ratos libres, alguna vez nos preguntamos cuál será el límite de la poesía, cuál su contorno, cuál su definición. Si es que la hubiera, estaría mucho más allá y, naturalmente, más acá de Gustavo Adolfo Bécquer. Santiago Castelo, ganador del premio de poesía Gredos por su último libro, «La sierra desvelada», nos vuelve a proponer la presencia del poeta ama- amor, con final de adiós o despojos: poesía reconocida en la angélica, pavorosa y temblante lengua de Garcilaso o en este español extremeño que padece por el bien perdido: textura de nostalgia cantada desde la punzada del pecho, o desde la otra, que penetra el corazón desordenado desde los cuatro puntos cardinales.

Pero no todo pasado fue mejor; porque el tiempo idealiza, acerca o empaña la vista; ensancha y mide, vaya si el tiempo mide, como en el primer poema de «Memorial de ausencias», al cual Castelo titula «Prólogo hecho soneto con estrambote. Y punto». Recordamos: «Este es el hondo memorial de ausencias / del ayer fugitivo / presencia que ninguna me llega a la alborada». O sea, que estamos frente a los ecos perdidos y a la nueva esperanza. Y entonces Castelo cumple el parámetro previsto. Como otros que dieron rienda suelta a la esperanza, que luego vino a ser tallo arrancado.

«Memorial de ausencias» se abre en diferentes capítulos. En «La sangre compartida» parte de la experiencia existencial a los amados alrededores cardinales. Extremadura y su lazo con la América de conquistadores y adelantados. Poemas que no rehúyen, sino que aventan arcaísmos o vocablos con sabor a arcaísmos llenos de donosura: «Mira ese alma» o «Los ayeres gozosos». Y más luego: «No quisiera decirte los clamores del Plata».

En Santiago Castelo se adivina una buena lectura machadiana, tocada por arpegios suyos y originales.

A esta altura de la palabra y de la lucha, la poesía puede ser un ladrillazo en las cómodas frentes y sus comodidades. O una pátina o un recuerdo. O puede ser la gran poesía angélica y agradecida: elegía para vivientes donde se les recuerda, por si acaso, la cotidiana experiencia del más acá, regada por una lágrima que puede ser tan sólo una perla extraviada. En fin.

O de pronto es la poesía que hinca en la madre tierra para otear el horizonte, que para todo poeta debe ser algo inalcanzable. No porque el diario y vivo horizonte no plazca o no merezca ser cantado, sino por aquello del rigor, del quemarse por dentro, de la lógica gratificación que implica la exigencia.

Aparece también en Castelo esa cosa campesina e incontaminada. Porque no todas son flores del mal (aunque a veces deberían serlo). Está Manrique, Fray Luis, San Juan, Santa Teresa y Garcilaso. Y tanta España que se vuelca en poesía por real vocación.

Más adelante leemos: «Oh mar de soledades desolado». El poeta sueña con el mar. Y está bien, tal como si los marineros soñaran con la tierra. O «Vibra Lisboa y Huelva se desvela de tanto rubio mar». O «Torre», una décima del mejor cuño, sin ninguna floridura y entera: «Subiré hasta el castillo y en sus rosas aprenderé de nuevo madrigales», con hallazgos idiomáticos, como en el caso del título «Los atardecidos». Entre los poemas que nombran colores, «Rojo» o «Verde», son excelentes décimas donde leemos algún final: «Lo mejor que de mí tengo / la amargura de querer».

En la tercera parte del libro se nota la mano de Lorca, aunque logra originales versos como «Va vestido de rojo y peina madrugadas». Luego, y al final, este camino por la España que siempre nos parece eterna, a cuya imagen de los adentros y a cuyo paisaje esencial, Santiago Castelo, como tantos otros españoles, ofrece su poesía y su pasión angélica.



Escribe Eduardo BRONCHALO

Gran involución

MIENTRAS se habla tranquilamente de nueva cultura española o nueva manera de hacer cultura en España, suceden hechos tan desconcertantes como la pena impuesta al cantante gallego SUSO VAAMONDE: seis años y un día por supuestas injurias a la nación. Ahí es nada: por cantar. Con Franco, los especuladores de la moral dedicaron varias mañanas de «ABC» y cafelito buscando a NAZARIO

—buscándole entre papeles, vamos— por el inconcebible trabajo de dibujar aquello de «El rollo enmascarado», comic inusualmente prudente comparado, pongamos por caso, con un «LIB». Despechado, quizá, MARISCAL —que también corrió en lo de El rollo y que fue, junto al mentado, uno de los precursores del tristemente mal llamado comic underground en este país— expone en Madrid algo que le ha dado mucha más guita y menos disgustos que lo prohibido: la semana entrante Mariscal y diseños de muebles, figurillas y espejitos, algo bien para las clases bien.

COMO la cosa va de reiterarse— repetirse, nada como seguir la onda paupérrima del pasadísimo

de la new uave a tope en lugares tan fantástico como Sol y Carolina.

ASI, repitiéndose, en el Marqué actuación de argentino con músicos catalanes: SERGIO MAKAROF, fantástico de lo que ya es antiguo y hasta involucionista, porque de igual manera la gira de los grupos potenciados por casa discográfica Stiff, que se lo montan en plan a lo bestia de potenciar cosas y ñuwaves, desdeñando —o anhelando— mercados otros que lo serían de algo más con el coco puesto, tipo, sin ir más lejos la marcha de jazz, que está muy bien promovida por JAVIER ESTRELLA y que ha contado con la actuación de PACO DE LUCÍA, DI MEOLA, MCLANGHLIN o HANK JONES, RAY BROWN, ROY HINES, JOHNNY GRIFFIN, así como la banda de DANNIE RICHMOND.

AFORTUNADAMENTE, inasequible al desaliento, ahí está el propio FEDERICO VOLPINI en Radio Juventud, con su programa «Os fastuosos guateques dos tempos fenecidos», donde, además, se leen cuentos de gentes no tan desconocidas. Igualmente maravillosa



pasotismo, donde, cómo no, UMBRAL da buena cuenta via «tele» —las contradicciones de— de lo que pasa, tío, con algo convertido más en animal zoológico-retro que en verdadera sociología, que si lo fuera, sociología, lo sería, mire usted, sociología de la nada: que me perdonen, pero confundir sociología de la nada con acracia es un disparate que sólo se le puede ocurrir a quien, como dice un buen amigo, sólo se debe dedicar a escribir lo duro que era comerse aquellos bocatas de mortadela de nuestra no menos dura posguerra. Cada quien en su lugar. Lo que en otros medios, este programa supermarketizado por el propio —las contradicciones de— hacen mentar en los mentideros de la villa un supuesto romance ALSKA-HERMIDA, que sería fantástico por lo de los rollos diferentes, digo yo.

PERO la involución sigue su marcha cruenta. GODARD se lo hace de presentar su película «Tout va bien», alegato desesperado pos-68, que resulta dramático sólo ver cómo allí se perdieron tantísimas cosas. Pero como aquí vamos —seguimos yendo— de pasotas, pues lo ideal una exposición de PEREZ MINGUEZ en la galería Buades, donde primerísimos planos

la revista «Zikkhorat», ahora en nuevo formato y mensual, que contiene escritos de EDUARDO HARO IBARS y JAVIER BARQUIN, así como del propio BALLARD.

QUEDA, por último, hablar de la presentación del suplemento cultural de «Diario 16» «Disidencias». Acto agradable en galería Antonio Machado, presentado por FERNANDO SANCHEZ DRAGO, EDUARDO HARO IBARS y JOSE MARIA ALVAREZ, así como por PEDRO J. RAMIREZ y no JIMENEZ CABALLERO, que llegó tardísimo. Recogiendo las palabras más elocuentes de la noche, diremos que Dragó dijo que «Umbral nació fascista, vivirá fascista y morirá fascista». José María Alvarez divagó fantástico en torno de la nada. Y Eduardo Haro sentenció que él escribía allí por pasta y que en lo absoluto estaba de acuerdo con lo dicho por Dragó.

ASI —que no de otra manera— terminó la semana cultureta. Entre disidencias e involuciones sólo recordar que el admirable ALFONSO GROSSO ha publicado nueva novela titulada «El correo de Estambul». Hacía mucho tiempo que los escritores debían haberse puesto al servicio del pueblo, no por sus ideas, por su sencilla legibilidad.



Escribe Javier GONI VEINTE AÑOS ESCRIBIENDO

Conversación con UMBRAL

EN «Retrato de un joven malvado», un eslabón más de la larga cadena que forma el «Libro de mi vida» («pues soy yo quien mejor me conozco»), libro único, aunque tenga más de medio centenar de títulos diferentes, el joven Umbral, citando a Juan Ramón —desde siempre sabía el escritor que Ramones no era sólo un grupo de música neoyorsina, sino los tres mejores escritores españoles contemporáneos: Valle Inclán, Gómez de la Serna y Jiménez. «Facilidad, mala novia», ironizaba sobre la grafomanía, sobre los que escriben mucho, pues pensaba el joven malvado que escribir mucho es igual a escribir poco y que al final sólo se salvan cincuenta páginas.

Hoy Francisco Umbral tiene cuarenta y cinco años. Desde hace veinte se dedica a la literatura y al periodismo. Ha publicado más de cincuenta libros y hace quince años escribió sus dos primeras novelas, «Balada de gamberros» y «Travesía de Madrid», reeditadas ahora por Emiliano Escolar y Argos-Vergara, respectivamente.

Hoy la opinión de aquel malvado ha variado. La cantidad ya no es sinónimo de poca calidad. La escritura, como en cualquier proceso de fabricación industrial, mejora con la cantidad. Esto es aplicable, explica Umbral, a escritores de la talla de Gómez de la Serna, «quien se va purgando todo lo que lleva dentro, diciendo cosas esenciales».

El símil de la fabricación industrial y el ejemplo de Ramón le utiliza Umbral cuando se le pregunta si cree que en estos veinte años ha escrito demasiado, si está contento con su obra.

«Estoy satisfecho, porque lo que me propuse fue muy modesto. He cubierto objetivos. Siempre he escrito lo que he querido y no creo haber escrito demasiado. Me va a faltar vida, tiempo, lo sé, para escribir todo lo que se me ocurre».

«Pero, a la larga sólo quedan cincuenta páginas, decía el joven malvado...»

«Supongo que sí. En toda la obra de un escritor hay una reiteración necesaria, como hacían los estructuralistas luego cualquier exégeta espabilado puede reducir,

listas, cuando estaban de moda, a unas coordenadas mínimas. Pero no importa. Porque sólo se pueden obtener esas leyes maestras de la obra de un escritor, escurriendo en la frondosidad».

«Balada de gamberros» es tu primera incursión por ese género que llamas «de infancia y provincia». El gamberro eras tú y la provincia Valladolid, claro. «Travesía de Madrid» es tu primer encuentro con la gran ciudad, vista con los ojos de un delincuente, una especie de quinquí, aquel gamberro provinciano hecho adulto. Este libro es el antecedente de tu otra saga biográfica de escritor en Madrid. ¿Qué han supuesto para ti estas dos ciudades?»

«Mucho. Todo. Valladolid o la memoria involuntaria, que diría Proust, toda esa carga infantil que llevamos dentro. Madrid es la actualidad curiosa. La gran ciudad en la que hay que vivir con intensidad. En los dos casos se puede hablar de obsesión fecunda».

«Al protagonista de «Travesía de Madrid» yo lo veo como una especie de diablo cojuelo que acaba poseyendo a la ciudad, no levantando tejados, sino metiéndose en las camas de las mujeres con las que topa».

«Sí, algo así. Yo quería dar idea de simultaneidad, lo que era Madrid hace quince años. El latido múltiple de la gran ciudad, que entonces me impresionaba. Y una de las maneras de presentarlo era a través de las vivencias de diferentes mu-

eres. En la novela, hay que insistir, pues en su tiempo hubo más de un crítico que no lo entendió, se están narrando cinco años, los que van desde mil novecientos sesenta a mil novecientos sesenta y cinco. Y digo esto porque algún crítico galdosiano señaló que era imposible que en la narración el protagonista se pudiera acostar con tantas mujeres a la vez».

«Tú sueles repetir que no hay que confundir al narrador con el autor. Por supuesto. Pero sí creo encontrar un irónico paralelismo entre el gamberro vallisoletano, delincuente madrileño después y el niño de derechas provinciano, joven escritor malvado del café Gijón. Concomitancia, por lo menos, por marginados».

«En «Balada» narro mi vida de auténtico gamberro, una especie de delincuente juvenil. En «Travesía...», el protagonista, un medio quinquí, llega más lejos en todo que el gamberro infantil. «Memorias de un niño de derechas» es la crónica generacional de los años cuarenta, está escrita en plural, pues no es un niño, sino que somos unos niños... El libro del café Gijón es una especie de memorias literarias noveladas, la posible novela del café, que renuncié a hacer; me aburre la novela, quisiera hacer algo más lírico, basado en la memoria. No me gusta esto de acotar un mundo y dar vueltas en torno a él y agotarlo».

«¿Hay diferencia, pues, entre el delincuente de «Travesía» y el joven malvado?»

«Total. «Travesía» es la épica de conquista de Madrid por un hombre de acción, un

quinqui, un golfo de Baroja. «Retrato de un joven malvado» es un escritor que viene a la conquista literaria de Madrid. Dos planos distintos. El uno es un épico vital, el otro es más literario, actúa y habla como tal».

«En estos libros primeros tuyos aparecen hechos, anécdotas, personajes que luego incluirás en otros relatos: el río helado, las peleas en el Pisuerga, la niña bizca, Dupont, un amigo...»

«Esto se da en cualquier escritor que tiene un mundo personal propio. La insistencia en determinados temas, obsesiones, tópicos, resulta lógica. La memoria queda cristalizada en torno a una serie de temas fijos, obsesivos. Eso es la literatura: la cristalización de una escritura en torno a una obsesión de infancia y adolescencia».

«Los escritores siempre han colaborado en la Prensa por una razón económica. Pero a mí me llama la atención cuando dices con orgullo en uno de tus libros: «Seríamos escritores de periódico»».

«La razón económica es inevitable. España es un país pobre que ha producido grandes escritores de periódicos —Larra, Bécquer, los del noventa y ocho, D'Ors—, que han tenido que escribir en la Prensa para vivir. Pero yo creo que hay otra razón no económica. Un periodismo que además de informar aspire a formar una opinión tiene que recurrir a los escritores, a los intelectuales, para formar un gusto estético, político o lo que sea».

«¿Por qué esa especialización por escribir siempre de uno mismo?»

«Porque yo soy el conocido que tengo más a mano. Los botánicos, analizando una hoja de un árbol, pueden saber todo de ese árbol. Escribiendo de mí mismo puedo acabar explicándome y conociendo mi propia vida y la de los demás».

«Lirismo frente a la acción pura».

«Sartre decía que prefería a Faulkner porque era un lírico, porque describía el tiempo anterior al desarrollo de la propia acción. Eso es ser lírico, contar el antes o el después de una acción. Y Galdós, Balzac, Baroja, no son líricos, sino narradores puros. Yo quiero pertenecer a la familia de los que hacen narraciones líricas; prefieren, preferimos, glosar la acción antes de crear la acción directamente».

«Aunque contando tu experiencia vital estás contando la de los demás, como dices, en cierto modo tus relatos de infancia son, para entendernos, individualistas. Y, sin embargo, el protagonista desdoblado de «Los helechos arborescentes», tu última novela, no lo es: pertenece a toda una corriente heterodoxa española, víctima de la intolerancia».

«Los helechos...» es un libro muy complejo. Está contado desde la infancia; el narrador, aunque desdoblado, es un niño. Los demás libros los ha narrado un adulto. Este lo tenía que narrar un niño, porque en un niño no hay fronteras entre el pasado y el presente, entre la realidad y lo irreal. La novela es un viaje por el tiempo y el espacio, con personajes anaerónicos que aparecen y desaparecen. Es la visión

lírica de un niño desdoblado en dos, el niño culto y el niño salvaje. El conjunto es una historia global de España como una guerra civil permanente, surcada por una línea secante: el liberalismo español, corriente marginal y marginada. La manera de conseguir esa globalidad de la historia de España era situarla en la cabeza de un niño, porque el adulto lo tiene todo más ordenado».

«¿Los helechos...» cierra un ciclo?»

«Es, sí, un libro resumen de toda mi literatura de infancia y provincia; pero no creo que sea el último. Me estoy apasionando ya con un libro que tengo en la cabeza, del que no he escrito una sola línea. Será algo diferente. Me situaré antropológicamente a mis veinte años, y narraré, lírica y ensayísticamente, cómo era yo entonces. Contaré cómo era un hombre a los veinte años, con lo que tenía de vivido por atrás y sobre todo con lo que tenía por vivir por delante. Qué cosas le ocurrían, qué proyectos tenía. No tendrá nada que ver con «Los helechos...». Nada de acción, sólo reflexión».

«El joven malvado que asedia Madrid y lo vence, tú, escribiste hace años: «Hacer siempre el mismo libro, ése que hace una vida, obsesivamente, inútilmente, desde el útero materno...»

«Siempre se está escribiendo el mismo libro, pero hay que tener la habilidad necesaria para que parezca otro. Esto es algo que se le podría aplicar a muchos escritores».

CARTAS

SABATINAS

DE TRAVESTISMO

QUERIDO Dámaso Santos: un escritor extremeño me invita a pasar unos días en su finca de Jarandilla y a ella me vengo con las noticias que me llegan de los mentideros literarios de esa capital. Parece que ahí se ignora cuanto se desconoce, y es ésta la razón que lleva a los intelectuales a hacerse cábalas sobre la procedencia de este humilde escritor provinciano, sobre su propio nombre —parece que ahora soy sólo un seudónimo— y hasta sobre el sexo de quien escribe estas cartas sabatinas. Tengo, Dámaso, un terrible problema de identidad. No hace falta ser región, nacionalidad o pueblo para padecer este trauma. Después de algunas reflexiones, ya no sé bien si soy una especie de travesti que murmura al oído de los literatos hispanos o que hace la «carrera» entre algunos de ellos por esas vías sordidas a las que quizá se acerque Umbral para escribir el segundo tomo de «El giccondo», ahora que la Policía no se ocupa de los giccondos, aunque volverá a ocuparse, al modo en que lo hacía en el franquismo.

DE ROSAS

PERO tal vez lo del travestismo vaya en plan disimule y, mira por donde, yo podría ser la misma Rosa Posada. Pero si firmo así me confundirían con Jover. Vamos a dejar este asunto y, a fuer de

juanramonianos, no toquemos más la rosa. Para Rosa tocada y aludida, Rosa Pereda, querida y entrañable amiga, convertida en blanco de columnistas y obsesos del poder literario y su sombra. Alguien pudo haber interpretado, con muy mala intención, por cierto, que Gaspar Serrano se sumaba al pasado sábado al coro de zafios que prodigan insultos gratuitos a la escritora. Nada más lejos de mi intención. En estas cartas sabatinas se partirá siempre de un irrenunciable respeto por las personas, acrecentado cuando éstas son amigas, y Rosa lo es y muy querida. Otra cosa son las bromas y el derecho que a cada cual asiste de admitirlas o no.

DE OBSESIONES

SIGAMOS, Dámaso. Va Sabater y selecciona la obra de Ciorán, quien iba a hacerlo con más autoridad en este páramo, y lo comenta. Yo no he leído el prólogo, pero, según la crítica de Teresita Gracia, la disidente, es un horror. Todo lo que Savater escribe le parece a Teresita lo mismo. Uno apenas se entera de qué va la cosa, pero advierte enseguida lo que el lúcido Savater hace sufrir a Teresita. Y yo me pregunto, Fernando: Si objetivamente no eres guapo ni vistes bien, ni les pareces tierno, por lo visto, y mucho menos inteligente, ¿por qué reaccionan estas teresitas de España contra ti de manera tan obsesiva que sólo puede ser justificada por el amor despechado...?

Escribe Gaspar SERRANO

DE LOS ESCRITORES Y SUS APOLOGISTAS

PARA amor desengañado, el de Pedro de Lorenzo con Florencio Martínez Ruiz —paterno-filial, se entiende— porque hace muchas semanas que el crítico conque se ni menciona al maestro extremeño. Crece por enteros, en cambio, el amor literario de Andrés Amorós por Francisco Umbral. Le pones a Andrés un micrófono delante y le preguntas por la literatura española del momento y Umbral es la palabra. Si un foco de Televisión se enciende ante el rostro de Amorós, éste grita desahogado: ¡Umbral, Umbral, Umbral!

DE UN CIERTO OLOR A MUERTO

EN fin, querido Dámaso, yo a lo mío, a mis cartas sabatinas, para disimular este columnismo en plan río y en plan cosa que se engarza. Entonces llega el 20 de noviembre y yo en Jarandilla y escucho por la radio a Fernando Vizcaino Casas, que es a Franco lo que Julián Marías a Ortega, pero con más provecho y más ordinario que don Julián y, como es natural, con muchísimo menos talento. También Juan de AVALOS es a Franco lo que Chillida es a «La sirena varada». Claro que si sólo hubiera una diferencia entre AVALOS y Chillida ésta consistiría en que Chillida es un escultor y AVALOS es un fallero, con súplica de perdón a mis amigos valencianos. Pero, como es obvio, hay más diferencias, lo que ocurre es que uno es generoso en las comparaciones.

A JUAN DE AVALOS

USTED, don Juan, cuando el 20 de noviembre —por el camino que vamos volverá usted a tener mucho trabajo— iba para inmortal: su inmortalidad y la de Franco se gestaban juntas. Pero él

fue a reposar bajo las egregias figuras que usted le levantó sobre su panteón de caudillo y usted se quedó aquí a presidir el Círculo de Bellas Artes. Ahora resulta que el citado Círculo falla concursos de todo —pintura, escultura, poesía, arquitectura— y aquel al que premian por su proyecto de monumento a la paz —quizá para subsanar la tradición familiar de monumentos a la guerra— es su propio hijo. La cosa no está mal, porque, según el amigo madrileño que visitó la exposición, el mejor proyecto era el de su vástago. Al orgullo de presidente, claro, tiene usted que unir ahora su orgullo de padre. Aunque sólo fuera por estas satisfacciones, merece la pena sobrevivir a Franco.

P. D.:

HOROSCOPO

SI es usted un joven escritor y ha solicitado una beca de ayuda a la creación a cierto Ministerio de Cultura, ha de saber que, según la bola de cristal observada por Antonio Gala (ataviado con un turbante que José Infantes le ha traído de Marruecos este verano), sólo la obtendrán aquellos que hayan nacido bajo los signos de Virgo, Géminis y Acuario. Asimismo quedan excluidos de toda posibilidad los nacidos en las islas Baleares, Extremadura y Murcia.

ANUNCIO

ACADEMICO de la Lengua, con escasa actividad, se ofrece a joven escritor para presentar su libro de poemas. Precio a convenir. Escribir a «Sábado Literario» Referencia C. S.

CONCURSO

SON muy generosos los concursantes al ofrecernos los espléndidos retratos que nos hacen llegar del personaje cuyo nombre ha de adivinarse. «Hombre parece, vibora es; debe su fama a Savater.» Esta es la adivinanza en cuestión. La solución se nos dará.